

El clero en la Segunda Republica. Madrid 1931-1936

JOSE LUIS GONZALEZ GULLÓN

Edit. Monte Carmelo, Burgos, 2011

En el panorama historiográfico español actual el libro de González Gullón, reelaboración de una tesis defendida hace cuatro años en la Universidad de Navarra, es una novedad y una aportación de primer orden para la tan necesaria renovación de la historia religiosa. Muchas veces nos hemos lamentado unos pocos «francotiradores» de la debilidad de la historia religiosa de la España contemporánea en comparación con el desarrollo alcanzado por otras historiografías europeas, especialmente la francesa, como se pudo apreciar en el encuentro hispano-francés promovido en el 2002 por Benoit Pellistrandí en la Casa de Velázquez¹. Hace ya varios años, Antón Pazos², siguiendo esa línea renovadora francesa, hizo un estudio sociorreligioso del clero navarro en el primer tercio del siglo XX, que desgraciadamente no tuvo continuadores. En cierta medida, aunque con objetivos más amplios y con otras fuentes, este libro lo es.

El estudio que aborda Gullón del clero de Madrid como grupo sociocultural (capítulo 1º) es tan ambicioso como novedoso y estimulante para otras investiga-

¹ B. Pellistrandí (ed) *L'histoire religieuse en France et en Espagne*. Madrid: Casa de Velázquez, 2004. Contiene diversos capítulos abordados respectivamente por un historiador francés y español.

² A Pazos, *El clero navarro (1900-1936): origen social, procedencia geográfica y formación sacerdotal*, Eunsa, Pamplona 1990. Un primer cuadro y programa en Andrés Gallego y A.Pazos, *La Iglesia en la España contemporánea*, Encuentro, Madrid, 1999

ciones diocesanas a las que puede servir de guía. Basta fijarse en lo epígrafes de ese primer capítulo de 120 paginas para hacerse una idea de su interés: «población sacerdotal, formación y espiritualidad, las relaciones con la autoridad eclesiástica, la promoción sacerdotal (es decir la carrera eclesiástica), el asociacionismo sacerdotal, las redes de amistades, ingresos y gastos y nivel de vida». Un retrato tan completo y complejo del clero de Madrid sólo era posible mediante el acceso a unas fuentes generalmente poco accesibles, los expedientes personales de los curas que se conservan en el archivo diocesano. Entre las variadas fuentes y archivo consultados el autor reconoce en la presentación el privilegio de haber tenido acceso a esa documentación³, aunque es su mérito la laboriosa elaboración de esa base datos de 1490 registros, y de esos cuadros y mapas tan significativos sobre la distribución territorial del clero en la geografía de Madrid que presenta como anexos al final de libro, y que le llevan a algunas conclusiones muy relevantes: los desequilibrios territoriales y sociales en la implantación parroquial y personal, entre los distritos históricos del centro, los ensanches y los extrarradios. El autor constata también que el abandono o descuido pastoral de los extrarradios y suburbios se refleja en el descenso significativo de la práctica religiosa especialmente en esas zonas, donde faltan parroquias y sacerdotes idóneos y dispuestos. Por cierto, que el cuadro de la evolución de la práctica religiosa y de los sacramentos de «paso» demuestra un descenso medio bastante bajo como corresponde al tiempo corto para arraigar y desarrollarse que tuvieron los nuevos comportamientos seculares que propiciaba la legislación republicana⁴.

El caso de Madrid, capital del Reino, es ciertamente un caso especial como se aprecia por ejemplo en la cantidad de clérigos no adscritos a la pastoral ordinaria en las parroquias (el clero palatino, el castrense, el de la nunciatura) y el importante número de clérigos «transeúntes» (un total de 518 extradiocesanos residentes frente a 662 diocesanos). Pero el modelo de investigación y las hipótesis que presenta el estudio de Gullón sobre la formación en los seminarios, la carrera eclesiástica, las formas de sociabilidad, los comportamientos, etc. son trasladables, y sería importante hacerlo, a otros ámbitos diocesanos.

Ese amplio capítulo primero de historia social, que se completa con los primeros epígrafes del capítulo 2, sobre la presencia del clero en el espacio urbano madrileño («presencia institucional y pastoral, habitación y residencia»), es, a mi juicio, la principal y muy relevante aportación del libro de González Gullón. Los apartados, por ejemplo, dedicados al asociacionismo sacerdotal, a las redes de amistades, o

³ Un inciso pertinente sobre el deseo de que los archivos eclesiásticos avancen en la catalogación de la documentación del siglo XX y en la accesibilidad a los investigadores, al menos hasta 1939, de acuerdo con el tiempo abierto en los archivos vaticanos, el pontificado de Pío XI.

⁴ Una encuesta apresurada que lleva a cabo Angel Herrera, presidente de la Junta Nacional de AC, para presentar a la Exposición de la Prensa católica que se iba a celebrar en Roma en mayo de 1936, ofrece también esta visión más bien optimista del escaso impacto de la legislación republicana en la secularización de los ritos de paso.

al nivel de vida a partir de una descripción de su economía doméstica, son especialmente interesantes.

¿En qué medida este retrato social del colectivo del clero de Madrid contrasta con los tópicos de la novela y de la propaganda anticlerical? La respuesta se puede desprender de la lectura del libro pero el autor podría haberla desarrollado más amplia y directamente en el libro. Ciertamente el autor no se plantea un perfil hagiográfico o defensivo, sino más bien comprensivo «desde dentro»; desde la lógica institucional y desde la autopercepción de su «rol» y de sus tareas. Pero las informaciones tan ricas que le ofrecen los expedientes personales, y la percepción externa (descontando los tópicos) de los coetáneos, le permitirían desarrollar un perfil más crítico o interpretativo. Con muy buen sentido común y práctica del oficio el autor explota muy bien la riqueza informativa de las fuentes, pero quizá instrumentos conceptuales de la sociología o la antropología le ayudarían a ir más allá en la comprensión e interpretación.

En la estructura del libro, como en la tesis doctoral, hay dos niveles diferentes de análisis. Uno es el de la historia social, que, aunque referido al tiempo corto de la Segunda República, tiene, como es lógico, un valor temporal mucho más amplio. Y otro es el de la historia política correspondiente a la excepcional coyuntura hostil republicana. El encaje entre esos dos niveles de análisis no es fácil, y no está, a mi juicio plenamente conseguido; es susceptible de ser revisado y ampliado, desde la perspectiva de la tarea pastoral del clero en sus distintas dimensiones, que se aborda en algunos apartados del capítulo 2.

Socialmente el cura de la República es aproximadamente el mismo que el de principios del siglo XX. Su formación en el seminario, su carrera eclesiástica, el marco eclesial y pastoral en el que desarrolla su actividad, su «modus vivendi», etc. son parecidos sino idénticos. Además la coyuntura hostil republicana irrumpe por sorpresa después de un tiempo largo estable y de un tiempo inmediatamente anterior (el de la dictadura de Primo de Rivera) muy favorable y protector para el desempeño de su misión; y seguramente coge por sorpresa, con escaso bagaje intelectual y pastoral, a la mayoría del clero para adaptarse a la nueva situación y a los nuevos retos.

Los capítulos 3 y 4 del libro, «pensamiento y vida política» y el «anticlericalismo en la calle», se mueven el terreno de la historia política. Pero en este terreno las aportaciones son menos novedosas, aunque presente narraciones muy interesantes sobre algunos episodios ya conocidos, como la quema de conventos en Madrid el 11 de mayo de 1931, y otros menos conocidos, como la agitación anticlerical promovida por «el bulo de los caramelos envenenados» en el barrio madrileño de Cuatro Caminos (pp. 397-411). Quizá lo más importante de ese capítulo 4 es la percepción por parte del clero de la progresiva hostilidad. «El miedo a ser asesinado» es el último apartado, referido al tiempo del «Frente Popular». En páginas anteriores se estudia la evolución política del clero desde una aparentemente mayoritaria (pues no está bien medida) afinidad con la opción accidentalista y

posibilista de la CEDA a un desencanto, en algunos casos temprano, después de la aprobación de la Constitución, y en otros más tardío, después del fracaso o frustración de la táctica de la CEDA que se consuma con el triunfo del Frente Popular.

En el capítulo 3, especialmente en el apartado «posicionamientos y filiaciones políticas», se traza un cuadro aproximado de las distintas posturas políticas del clero en el marco de las distintas opciones de las «derechas», tras una aclaración previa de conceptos utilizados a menudo de forma equívoca, como tradición, tradicionalismo e integrista. Pero para la elaboración de ese cuadro más preciso de las respectivas posiciones políticas del clero faltan, me parece, las fuentes necesarias o una elaboración más precisa y exhaustiva de informaciones.

Muchas de las cuestiones y temas que se plantean en esos capítulos de historia política han sido estudiados directa o indirectamente por la abundante bibliografía, desde la reacción de la jerarquía y del catolicismo organizado ante la legislación republicana, hasta las distintas expresiones del anticlericalismo. Quizá en la estructura del libro falte enlazar mejor, más directamente, ese estudio aproximado de la cultura y la acción política del clero (capítulo 3) y de la hostilidad anticlerical, cada vez más violenta, con los apartados del capítulo 2 referidos a presencia y la acción pastoral del clero en la labor pastoral ordinaria, en el entorno de la parroquia, en la escuela, en las publicaciones y medios de comunicación, en la Acción Católica y la acción social. Pues según la línea de investigación que desde hace algún tiempo venimos manteniendo un equipo⁵, no se puede comprender bien el conflicto y la violencia político-religiosa en el tiempo corto de la República, sin estudiar conjunta y recíprocamente los dos movimientos confrontado, analizados en una perspectiva temporal más amplia. Por eso, en el caso del clero en el Madrid republicano, creo que habría que relacionar más directamente su acción pastoral, dentro y fuera de la parroquia, cuyo perfil venía desarrollándose mayoritariamente en un clima protector y hegemónico, con el reto político, social y pastoral que le plantea la nueva situación, hasta cierto punto inesperada. Y para la que, en buena medida y en su conjunto, los clérigos no estaban quizá preparados. En un Círculo de Estudios, de los que organizaba la Casa del Consiliario en Madrid, en la primavera de 1936, los sacerdotes participantes constataban que la formación social en los Seminarios, puesta como asignatura en los primeros años del siglo XX, había decaído luego; y lo aducían como un factor explicativo de la dificultad del clero para comprender y responder adecuadamente al nuevo reto de «la apostasía de las masas» que se manifiesta especialmente en el tiempo republicano.

⁵ Varios Proyectos I+D, (desde 2002) en torno al estudio de Catolicismo y secularización en la España del siglo XX. Vid. página <http://www2.uah.es/catolicismoysecularizacion/index.php>

⁶ Una primera aproximación al estudio de esta Asociación en P. Fullana y F. Montero García. «La Asociación Eclesiástica para el Apostolado Popular, una respuesta pastoral nueva para un área urbana e industrial (Barcelona 1905-1914):» *Estudios Eclesiásticos*, 69 (1994): 503-528.

Bastante antes del conflicto de los años treinta, a principios de siglo, una «Asociación de Eclesiásticos para el Apostolado Popular», fundada en Barcelona en 1904, trataba de renovar la catequesis y la pastoral social para responder mejor a la nueva ciudad industrial⁶.

En suma hay que felicitarse de la publicación de este estudio social del clero de Madrid lleno de aportaciones documentales y sugerencias, que enriquece notablemente nuestro conocimiento y estimula nuevas investigaciones diocesanas con esta guía y con el necesario acceso a las fuentes de los archivos diocesanos.

Feliciano Montero

Catedrático de Historia Contemporánea

UAH

